

Síntomas de Europeización

Cansados estamos ya y molidos de oír hablar, en todos los tonos del lenguaje sectario, de progreso, de europeización, y de tantas otras zarandajas como se han inventado para hacer insistente guerra a la religión del Crucificado; asordados tenemos los oídos por los baladros que lanza la escuela atea, invitando a desterrar el fanatismo para entrar en el concierto de los pueblos libres; pero lo que sí podemos decir—sin temor a ser desmentidos por nuestros contradictores—es que ni el progreso parece por parte alguna, ni la europeización ofrece otro espectáculo que regueros de sangre, ni los pueblos, llamados libres, poseen otra libertad que la del mal.

No hace muchos días que, en el anfiteatro de la escuela fundada en París por Roberto de Sorbón, canónigo honorario de Cambrai, y que tanta gloria dió a la Iglesia con el nombre de *Congregación de los pobres maestros* de la Sorbona, un millar de niños de las escuelas del Estado francés, bajo la presidencia del ministro de Instrucción pública, cantaba una especie de himno oficial con este estribillo: «Qu'importe le ciel, nous avons la terre». (Qué importa el cielo, tenemos la tierra).

Esas palabras constituyen el lema del laicismo imperante, y forman como el epílogo de todas las aspiraciones humanas, en sentir de la filosofía moderna.

Y cuando los pueblos han apagado los vislumbres que dejaban entrever los cielos; cuando del alma se ha arrancado la idea de Dios y de las escuelas públicas la consoladora imagen del Crucificado; cuando se han corrompido inocentes corazones, inoculando en ellos el virus ponzoñoso y letal de los principios de una moral laica; cuando al niño y al hombre se le enseña que no hay un más allá después de la vida presente, que el bienestar o la desgracia están solamente en este mundo, y que la dicha es de quien la toma por asalto... no hay freno posible que pueda contener las pasiones que germinan en el corazón del hombre, ni nada que pueda detener a éste en su carrera hacia el abismo. ¡De nuevo, los bárbaros se apoderan de nuestras sociedades! ¡El progreso va dejando marcadas profundas huellas de sangre!

¿Se quiere una prueba de ello?

Pocos días hace leíamos en un periódico estos epígrafes, que forman, por decirlo así, el catálogo de las gloriosas (!!!) conquistas del laicismo: «Los bandidos en automóvil.—Una mujer estrangulada en Andresy por un bandido desconocido.—En París un joven de 16 años trató de matar a una anciana.

na.—El asesinato de Messogy-le-Roy.—El canibalismo en Versalles.—Dos ancianos asesinados en un caserío de Lisieux.—Una mujer mata a su marido en Perrex.—Un traperero de Vanves mata a su tercera mujer.—Un drama sangriento en la aldea...».

No es este el sumario de un periódico, sino de todos los periódicos; no son las noticias de un día, sino de todos los días. ¿Y aún se nos invita a la europeización?

¡La sangre corre por todo el mundo como torrente que se precipita furiosamente desde la cima de alturas himaláyicas!

¿Otra nueva prueba?

El soldado Teneau—uno de los fusilados en Mans—decía, antes de morir, en carta dirigida a sus defensores:

«Estas breves líneas no tienen otro objeto que el de hacer saber que si yo, de familia honradísima, he caído tan bajo, es a consecuencias de la enseñanza recibida en mi juventud.

En la escuela se nos enseñaba que los padres no tienen sobre sus hijos más que una autoridad muy limitada; que los padres no tienen derecho a castigar a sus hijos; que el robo cometido en perjuicio de los padres no es tal robo y que la ley no podía castigarlo. He ahí todo lo que nos ha enseñado la escuela laica, que me lleva a morir deshonrado».

Es la misma manifestación que hizo *Chato de Cuqueta* derramando lágrimas de arrepentimiento ante la imagen sagrada de un crucifijo: es la idéntica confesión hecha por todos los malvados cuando la antorcha de la muerte ilumina lo más recóndito del alma.

¿Progresamos? No; el mal nos circunda por doquier, y es forzoso concluir con este párrafo de *La Libre Parole*:

«Jamás en ninguna época, se ha asistido en este país á semejante desbordamiento de crímenes. La opinión, aterrorizada, busca en todas partes medios de defensa. Se vuelve hacia la policía y tiene que rendirse ante la evidencia de un fracaso; mira al Gobierno y éste le muestra el espectáculo de su ineptitud, de su incapacidad.

Hay que rendirse ante los hechos: ningún remedio material servirá para nada. El mal de Francia está en el alma».

Lo mismo puede decirse de todas las naciones europeizadas por el laicismo.

En Murcia se va a celebrar un mitin contra la blasfemia, al cual se adhieren todas las fuerzas vivas y honradas de dicha ciudad.

Nosotros también lo hacemos, protestando contra la incultura que degrada y envilece al pueblo y mancilla nuestro bello idioma patrio.

La situación

La noticia de haber el Sultán aceptado el protectorado de Francia colma la medida del sufrimiento marroquí. Por eso, apenas fué conocida en Fez, terminó en dicha ciudad la soberanía de Haffid, pues moralmente no es soberano quien sólo se sostiene con los mañassers invasores.

En Marrakest grita furiosa la morisma: «¡muera el Sultán que ha entregado el Imperio!»

Y el uléma maldice al Emperador en la Mezquita, y el fanático santón le llama ¡perro! de kabila en kabila.

Nadie escucha ya en Marruecos las palabras del Emperador, llenas siempre de alabanzas para los franceses, ni da valor á las cartas en que, como descendiente del profeta, recomendaba calma y hacía promesas halagadoras. Nada contendrá ya el furor, el despecho, la rabiosa desesperación marroquí, que se juzga traicionada, burlada, ofendida y vaudida.

Hasta ahora luchábamos contra Francia y contra Marruecos. Esta es la verdad.

Francia exigía, reclamaba y amenazaba por medio de su diplomacia, y en Marruecos, por medio de los moros unas veces, y otras, con las intromisiones de sus tropas y autoridades, combatíamos sorda y cruelmente, al par que los moros no desperdiciaban ocasión de atacarnos.

Teníamos en frente dos enemigos aliados para hacernos la guerra, mientras ahora rota dicha alianza, vemos luchar entre sí a nuestros adversarios, y toda la fuerza que gastan en esa lucha dejará de emplearse contra nosotros.

Con lo cual no vamos perdiendo.

Desde que empezó nuestra acción militar en Africa fué para unos enigma y para otros no, la táctica e instrucción militar de los moros, el armamento de que estaban dotados, la abundancia de sus aprovisionamientos, etcétera etc.

De hoy en adelante no habrá motivo para sospechar que dichos aprovisionamientos, armamentos e instrucción provienen de Francia.

Con lo cual tampoco saldremos perdiendo.

Estas y otras ideas, hijas según hemos dicho, del sentido común, nos sugieren las noticias transmitidas por autoridades y corresponsales, particulares y agencias.

KARO

¿CRISIS?

Se asegura que la crisis a marchas dobles avanza, ¡si la crisis hace tiempo que es la señora de España!

¿Qué importa que en las alturas se entronice la fanfarrin y nos diga Canalejas que itapera la democracia cuando el gallo de Morón es la figura acabada de un pueblo que cacarea por el hambre que lo mata? ¿Crisis? se me da lo mismo, mientras duren las comparsas de gobiernos liberales que nos rigen y nos rajan estaremos sin camisa o la tendremos prestada, el pan irá por las nubes, por el suelo las estafas, no será escuela el teatro sino burdel, antecala de los vicios vergonzosos que concluyen con la raza, llegarán á ser ministros los parientes del que manda por tener luego derecho á las treinta mil del ala, el Comercio dando tumbos, la Agricultura postrada, y la Industria... eso es un arte de políticos camamas hoy «caballeros de industria» que es nobleza codiciada

por eso no habléis de crisis que al oír esa palabra me parece que conozco la historia contemporánea.

A. RIMANDO

Endiosamiento del hombre

Un periódico francés, hablando de la terrible catástrofe del «Titanic», dice estas juiciosas palabras:

«Los que después de muchas tentativas, quieren reproducir la obra de Babel y se glorian de poseer un titán, mediten como la divina Providencia humilla su soberbia y destruye sus tesoros, nada más que con un trozo de hielo».

En verdad que no podían pedir más garantías de seguridad los Cresos americanos que navegaban en esa ciudad flotante.

Allí tenían piscinas para el baño, *halls*, que eran lujosos jardines con plantas y palmeras; habitaciones suntuosísimas, máquinas potentísimas, refinamientos en la mesa, riquezas fabulosas en joyas y nombres afamados en la sociedad bancaria más opulenta; tenían, en fin, todo lo que pueda satisfacer la vanidad humana.

Además tenían aseguradas sus fortunas y sus vidas en muchas sociedades; y todo, riquezas, honor, bienestar y vida, han quedado sepultados en la profundidad.

Dice «L'Autorité», que esta catástrofe ha sido una lección de humildad para los ricos de este mundo.

Yo no soy socialista, dice el escritor francés, pero no puedo menos de sentir en el fondo del corazón, un intenso amor á la justicia y un respeto infinito a la Providencia, que en sus misterios